



Con motivo de mi estancia en Alemania para dirigir una tanda de Ejercicios Espirituales a las RR. del Amor de Dios, en el 50 aniversario de su misión con los emigrantes españoles, visité la Abadía de Brauweiler, cerca de Colonia, fundada en el siglo X en el Camino de Santiago, lugar donde se hospedó Carlos V cuando iba hacia Aquisgrán. Disuelta la comunidad monástica en tiempos de Napoleón, el monasterio se convirtió después en campo de concentración y de trabajos forzados, y en cárcel de mujeres prostitutas y alcohólicas. En los últimos tiempos fue hospital psiquiátrico y actualmente es un centro cultural. La iglesia sirve ahora de templo parroquial.

He coincidido con Baptista Debonbourg, artista francés que ha querido representar esta historia tan convulsa en unas esculturas de cristal, que, como ráfagas de luz, cataratas de agua, penetran por las ventanas de una sala capitular.

La escultura se derrama en una estabilidad fragmentada. Toda la superficie está rota, y sin embargo, permanece sin derrumbarse. Es una catástrofe transparente, una convulsión luminosa, una historia terrible, llena de luz.

El cristal está totalmente cuarteado y por efecto de la luz reflejada muestra irisaciones a manera de diamante, en medio de un drama de los elementos domésticos que no permite la complacencia. No obstante, la escultura es trasparente, luminosa, fascinante, creativa. En la yuxtaposición con la historia de la abadía, provoca en el espectador multitud de preguntas.

¿Será posible que la fragmentación dolorosa de la vida emita destellos de luz de diamante? ¿Acaso se puede mantener en pie una superficie cuarteada, rota, machacada, y que aún pueda albergar vida y alentar la esperanza de ser restaurada?

Al contemplarlo, el recinto narra historias muy diversas; desde el paso de San Bernardo hasta la cárcel que sufrió Adenauer; desde su consagración milenaria a la oración hasta su conversión en lugar proscrito de horror y miseria humana. Todo ello sostenido por la luz que atraviesa la ventana y permite esperar que, al alba de cada día, el hombre restablezca por el sufrimiento, el paraíso. He salido de la exposición proyectando su brillo sobre el tramo presente. ¿Será posible la belleza en tanta crisis?

Ha sido una experiencia fuerte, a la vez que me ha dejado el sabor de siglos, que aunque rotos, siguen enteros, unidos, con el anhelo de que al final todo se ilumine y podamos ver amor creativo en cada etapa, luz regada desde el ventanal, sobre la quiebra, hecha intuición en transparencia. El autor confiesa que se inspiró en el sentido cristiano de la cruz.

